

cando á la sedicion , serán considerados como unos agentes de la Inglaterra , y arcabuceados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808—JOACHIN.—Por mandado de S. A. I. y R.—El gefe de estado mayor general.—BELLARD.

En consecuencia de esta órden, inconcebible en un siglo culto y en un guerrero que se gloriaba de servir á las órdenes del gran Napoleon , comenzaron á diseminarse por las calles , desde el momento mismo en que la tranquilidad quedó restablecida, multitud de patrullas francesas, las cuales se apoderaban de los desgraciados que ignorantes de semejante bando llevan consigo una aguja de enjalar, unas tijeras de su oficio, un estuche de su profesion, un simple cortaplumas, cualquiera instrumento cortante por inofensivo que fuese. Varios de aquellos infelices son fusilados desde luego entre dos y tres de la tarde junto á la fuente de la puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, pereciendo el mayor número durante la noche en el Prado y en el Retiro, siendo conducidos allí desde la casa de Correos, donde se estableció la comision militar presidida por el general francés Grouchi, y para mengua del nombre español, por el capitan general de Madrid don Francisco Javier de Negrete! Aquel tribunal inexorable, improvisacion infernal de la mas espantosa venganza, pronuncia sus fallos de muerte sin conceder defensa á los acusados, sin mas indagacion que sus nombres, sin identificar la persona, sin ver por ventura á las victimas, sin concederles la compania de un sacerdote que los consuele al morir. Jóvenes, ancianos, ministros de la religion y hasta algunas infelices mugeres, caminan atados en dos en dos en medio de las sombras de la noche al ignorado lugar de su suplicio, y hacinados en monton cual corderos destinados á la matacia, disparan los franceses sobre ellos una descarga de fusileria ó de metralla, á la cual sucumben algunos, quedando los mas mal heridos y siendo llevados á



FUSILAMIENTOS EN LA NOCHE DEL 2 DE MAYO.

enterrar cuando estan todavia luchando con la postrimera agonía. ¡Noche horrible, sangrienta, espantosa! ¡Noche que como el dia de Job no debiera figurar en los años, ni contarse ya mas en los meses! Estremecidos los madrileños, oian desde el

fondo de sus hogares las frecuentes descargas, negándose todavía á dar crédito á barbaridad tan inaudita. El sol de la mañana siguiente vino á alumbrar aquella escena de horror; y los verdugos vieron su obra, y la prosiguieron no obstante, fusilando sin piedad en la montaña del Principe Pio los infelices restos de la vispera!

Al considerar atrocidad semejante, quisiéramos sobreponernos al horror que nos causa, para ver si nos era posible hallar una excusa cualquiera, una disculpa, por insignificante que fuese, en la conducta de Murat.

«El combate habia cesado, dice el general Foy; pero la paz no estaba hecha. Poco importa á los soldados que el amor de la patria ó el odio á la opresion ponga las armas en las manos de sus enemigos. Para ellos no hay guerras justas, sino cuando se hacen lealmente, cuando las precede declaracion, cuando la querella se ventila á cielo abierto. Entonces se abrazan los adversarios. Los habitantes de Madrid acababan de sorprenderlos aislados, sin armas, inofensivos, asesinándolos á puerta cerrada; y los franceses mientras tanto, habiendo recobrado su fuerza en el acto de reunirse, habian hecho de ella un uso moderado, dado que fueron pocos los enemigos que sacrificaron á sus golpes, contentándose con retener prisioneros á los que habian caido en sus manos. El gran duque creyó no ser esto bastante para asegurar el orden público, juzgando que la autoridad debia recobrar sus derechos. El movimiento del 2 de mayo, premeditado ó no, era una agresion verdadera de parte de los españoles.»

Nosotros no acabamos de concebir como un escritor liberal, y que tan amante se muestra de la justicia en tantos pasages de su obra, ha podido llevar el sofisma hasta un extremo tan lamentable. Si el combate del 2 habia cesado, dicha está la promesa que á los madrileños se hizo por boca de sus autoridades, y por la de los mismos franceses que las acompañaban, de dar al olvido todo lo pasado, proclamando reconciliacion y amnistia. ¿Cómo se dice, pues, que no estaba hecha la paz? Si á los ojos de los soldados importan poco los motivos que obligan á sus adversarios á tomar las armas, ¿no serán tenidos en cuenta por el general que los guia, por el gefe ilustrado que preside y moraliza la fuerza? Si la guerra de los madrileños no fue leal, porque no hubo declaracion previa, ¿dónde estaba la lealtad de Murat y la de los suyos en la guerra que á nosotros se nos hacia? ¿Qué declaracion precedió á la villana ocupacion de nuestras plazas fuertes? ¿Qué motivo justo de queja podian tener los que de un modo tan inicuo se conducian con nosotros desde su entrada en la Peninsula? ¿Qué abrazo podian esperar de los españoles la traicion y la mala fé? Pero hubo franceses asesinados en las casas, y esto al menos debia vengarse. Enhorabuena, diremos nosotros, si tanto es necesario conceder; ¿pero no se habian vengado ya durante la lucha, cuando las casas se entraban á saco, y se fusilaba á los dueños á las puertas de sus mismas moradas? ¿Era necesario ademas guardar la vida á los prisioneros para solo tenerlos en capilla, y asesinarlos despues á sangre fria en el Prado y en el Retiro? ¿El orden público debia asegurarse! ¿Quién habia turbado ese orden sino la villania francesa? ¿La autoridad debia recobrar sus derechos! ¿Quién erijia en autoridad al generalisimo frances? ¿El movimiento del 2 de mayo era una agresion verdadera de parte de los españoles! ¿Agresion aquel alzamiento, despues de ocupadas nuestras plazas fronterizas, despues de haber hollado los franceses la fé de los tratados, despues de determinar su gefe disponer á su antojo del trono español, despues de tantos y tan repetidos actos de perfidia y de tiranía como hemos observado en Napoleon y en Murat?

Preciso será concluir, porque nuestra mente se exalta, y esa exaltacion, por mas justa que sea, podrá parecer menos propia de la calma que se exige al historiador. ¿Quién, empero, no nos concederá alguna excusa, cuando hay quien disculpe á Murat? Mas no porque Foy se espese en los términos que acabamos de ver, lleva su sinrazon al extremo de abonar los fusilamientos del 2. Su corazon y su mente eran rectos; y harto claro se ve en su obra el anatema que el escritor fulmina sobre la atrocidad que nos ocupa, en medio de la moderacion, ó llámese patriotismo,

si se quiere, con que se limita á atribuirlos á un celo mas ardiente que ilustrado por el servicio del emperador.

Los franceses achacaron el alzamiento del 2 de mayo á conspiracion premeditada de parte de los madrileños, fundándose para formar este juicio en la marcha indecisa y tortuosa de la junta, y equivocando lo que era efecto de temor y de falta de carácter, con un proyecto de visperas sicilianas contra las tropas francesas. No puede dudarse que en el seno de la junta se hallaban algunos individuos dispuestos á todo contra los enemigos del pais; pero tampoco es menos cierto que prevaleció la opinion de la mayoría, habiéndose acordado, como hemos dicho, oponerse hasta con las mismas fuerzas españolas á toda tentativa de levantamiento; resolucion funesta que privó al pueblo de Madrid del apoyo que hubieran podido darle esas mismas tropas, cuyo encierro en los cuarteles, unido á la credulidad con que las autoridades legítimas confiaron en la palabra del generalísimo frances, fue causa del desgraciado éxito del movimiento y de los desastres que coronaron aquella espantosa jornada. Los franceses á pesar de eso se hallaban tan prevenidos contra la junta y contra las autoridades españolas, que Murat trató seriamente de formar consejo de guerra al ministro Ofarril y al capitán general Negrete, sospechándolos de iniciados en la conspiracion; siendo así que el primero habia sido en la junta el que con mas energía se habia opuesto al levantamiento, mientras el segundo habia llegado al extremo de presidir en union con Grouchi el sangriento tribunal establecido en la casa de Correos. Convencido el mariscal Monecy de lo absurdo que era suponer un plan premeditado de insurreccion en un pueblo cuyo desastre indicaba con harta claridad la falta de direccion y de gefes, intercedió enérgicamente por los dos individuos espresados, evitándoles un proceso que les hubiera costado la vida.

Los españoles por su parte atribuyeron el movimiento á premeditado designio por parte de Murat, creyéndole de antemano interesado en promover un tumulto para despues domarle, dando así una leccion de escarmiento á la soberbia española, y confiando el buen éxito de su trama á la superioridad que sus tropas debian tener sobre una multitud inesperta y destituida de caudillos. Esta segunda opinion, aun cuando carezca de pruebas terminantes y positivas, es sin embargo mas probable que la otra. La progresiva insolencia del generalísimo frances y el decidido empeño puesto por él desde un principio en insultar la opinion pública, constituyen una persuasion fortísima que nos inclina á sospechar que los españoles no se engañaron en su juicio, y mas si se atiende á los deseos tan vehementemente manifestados por algunos generales franceses, los cuales anhelaban desde algunos dias atras oportuna ocasion de medirse con el pueblo. Sea de esto lo que quiera, lo que no tiene duda es que si Murat no promovió el tumulto, se alegró por lo menos al verle estallar, siendo tal su presuncion y su orgullo en la victoria, que en la mañana del 3 de mayo decia con presuntuosa confianza: *la jornada de ayer pone á España en las manos del emperador*. «Decid mas bien que se la quita para siempre» respondióle Ofarril; y esta prediccion fue cumplida. Lástima que el que así se espresaba despues de las atrocidades que acababan de cometerse, no hubiera manifestado veinte y cuatro horas antes la misma confianza en el pueblo y en la causa de la justicia.

Por lo que toca á las víctimas del Retiro y del Prado y de la montaña del Principe Pio, las opiniones no estan acordes en cuanto á su número, ni es facil tampoco calcular la pérdida que franceses y españoles tendrian en el combate. El Consejo de Castilla en su manifiesto justificativo dado en Madrid tres meses despues, cuando el ejército frances evacuó la capital, reduce la pérdida de los españoles durante la refriega á 104 muertos, 54 heridos y 35 estraviados, empleando la espresion *algunos pocos* para designar los individuos que fueron areabuecados. Como el Consejo tenia interes en disminuir nuestra pérdida en ambos conceptos, su autoridad es harto recusable para que pueda ser creído su cálculo. El gran duque de Berg redujo la suya á unos 80 entre muertos y heridos, segun la relacion del *Monitor* frances, cálculo en que tampoco se debe fiar atendido el interes que tambien tenia en limitar el número

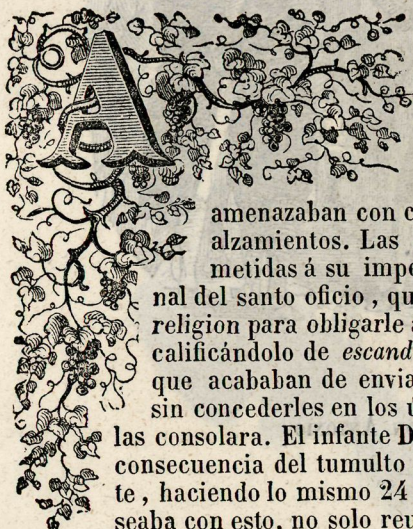
en sentido contrario. El general Foy hace subir á 500 los franceses muertos ó heridos durante el tumulto, asegurando haber sido menos considerable la pérdida de los españoles. «Segun lo que vimos (dice el conde de Toreno), y atendiendo á lo que hemos consultado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1200 hombres.» El lector optará entre estos cálculos por el que le parezca mas probable. Nosotros nos inclinamos á convenir con Toreno por lo que toca al número total de una y otra parte, y con Foy en la circunstancia de haber sido mayor la pérdida de los franceses que la de los españoles. Esto por lo relativo al combate. Cuanto á las ejecuciones, el cálculo es todavia mas difícil; pero desde luego se puede asegurar ser falso el *algunos pocos* del manifiesto del Consejo, no menos que la asercion de Foy que asegura no haber pasado de 50 personas las que cayeron víctimas de aquella sangrienta atrocidad. Las sombras de la noche del 2 ocultaron su número lo mismo que su martirio; pero habiendo sido 23 los fusilados en la montaña del Principe Pio á la clara luz del dia siguiente, podrá calcularse por esto el número considerablemente mayor que pereceria ignorando durante la noche.

La sangrienta jornada del 2 de mayo fue el grito de alarma definitivamente lanzado á la nacion entera, la cual se alzó como un solo hombre contra las hasta entonces invencibles falanges del imperio, haciendo bambalear en su trono al coloso del mundo, y abriéndole para siempre la tumba de que jamás debia levantarse. ¡Gloria y prez inmortal al 2 de mayo! Su memoria durará eternamente en los pechos españoles, incapaces de olvidar desde entonces los milagros de valor y energia que es dado realizar á un pueblo decidido á romper sus cadenas. El recuerdo de tantas víctimas sacrificadas á la barbarie francesa, exige un tributo de lágrimas y otro tributo de gloria. El laurel y el cipres se disputan el derecho de entretener la corona que la historia coloca en la frente de una poblacion tan heroica como desgraciada. ¿Quién no llora al recuerdo de su catástrofe? ¿Qué escritor será reprehensible, si habiendo nacido español, se agita á la memoria de aquel dia, olvidando la fria impassibilidad de historiador para solo mostrarse patriota? Si el presente capitulo se destaca del fondo general del cuadro, el autor merece disculpa. Demasiado reciente el 2 de mayo, no es posible narrarlo con calma; y ese defecto, si lo es, tiene que hacerse con frecuencia estensivo á la narracion de sus consecuencias. Pero antes de ocuparnos en ellas, preciso será contristar al lector con las últimas escenas de tiranía, abyeccion y vilipendio que antes del alzamiento general de las provincias tenian lugar en Bayona.



CAPITULO IV.

LAS RENUNCIAS DE BAYONA.



TERRADO el pueblo de Madrid con el desgraciado éxito de su insurreccion, aprovechó Murat la influencia que su momentánea victoria le daba para ejercer en toda su plenitud el despotismo de su autoridad. Sus órdenes del día y sus proclamas prometian el olvido de lo pasado, y amenazaban con castigos mas fuertes en caso de reproducirse los alzamientos. Las autoridades españolas de la corte quedaron sometidas á su imperio, distinguiéndose por su abyeccion el tribunal del santo oficio, quien no titubeó en dirigirse á los ministros de la religion para obligarle á anatematizar el levantamiento del 2 de mayo, calificándolo de *escandaloso* y defendiendo sin vergüenza la causa de los que acababan de enviar al suplicio numerosos montones de victimas, sin concederles en los últimos momentos el auxilio de un sacerdote que las consolara. El infante D. Francisco, detenido en Madrid todo el día 2 á consecuencia del tumulto, salió para Bayona en la mañana del día siguiente, haciendo lo mismo 24 horas despues el infante D. Antonio. Murat deseaba con esto, no solo reunir en Bayona á todos los individuos de la familia real, sino quitar tambien á la junta el escaso prestigio que el nacimiento y el rango de su presidente pudieran darle á los ojos de los españoles. El conde de Toreno presenta la partida de este principe como debida á una indicacion que le fue hecha en conferencia secreta por el conde de Laforest y Mr. Freville, calificando su salida de pura condescendencia debida á la consternacion que habian causado en su ánimo los últimos sucesos. Otros escritores afirman que el infante se anticipó á los deseos de Murat, pidiéndole le enviase á Bayona al lado de su sobrino, para evadirse con esto al cumplimiento de las obligaciones que como presidente del gobierno le imponia su cargo, asercion que creemos mas fundada. Como quiera que sea, D. Antonio salió de la capital en la madrugada del 4, oculto en un coche de viaje de la duquesa viuda de Osuna, habiendo pasado á Don Francisco Gil y Lemus como vocal mas antiguo de la junta, el ridiculo papel, carta, decreto, ó como deba llamarse, que literalmente decia así:

«AL SEÑOR GIL.

«A la junta para su gobierno en su noticia como me he marchado á Bayo-

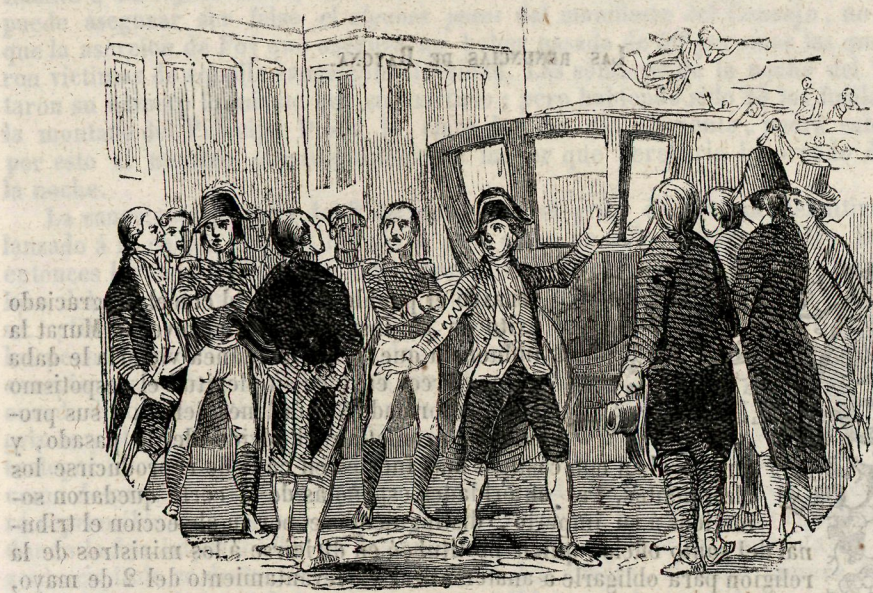
na de orden del rey, y digo á dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviere en ella.

Dios nos la dé buena.

Adios, señores, hasta el valle de Josafat.

ANTONIO PASCUAL. »

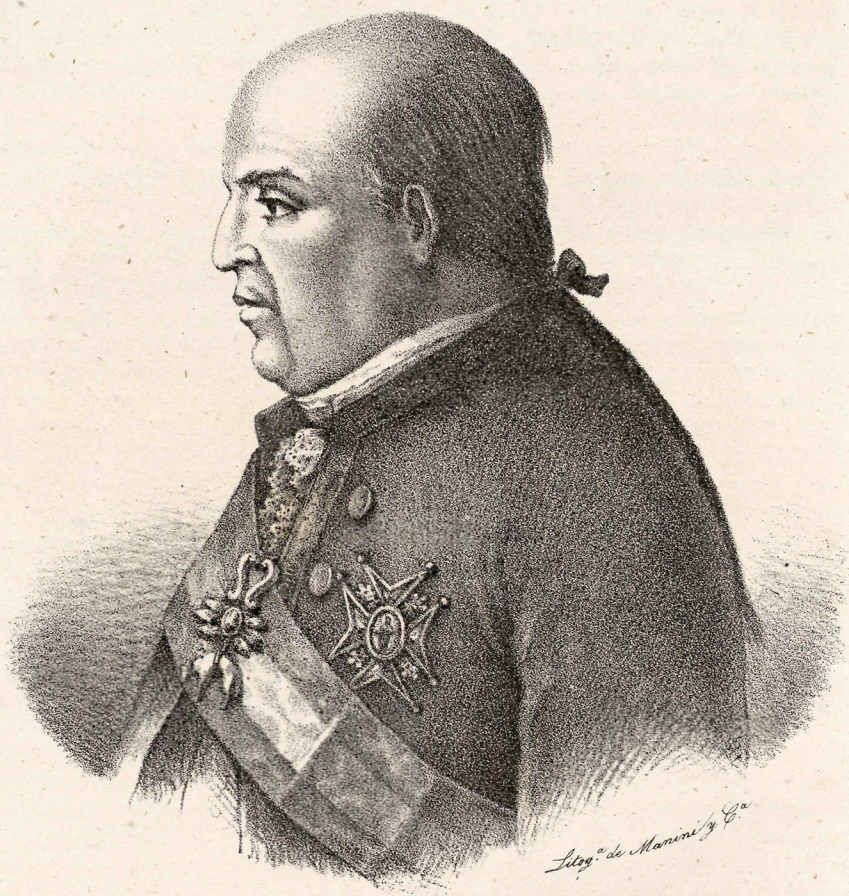
CAPITULO IV.



DESPEDIDA DEL INFANTE DON ANTONIO.

Maria Luisa habia calificado á este principe de hombre de *poco talento y luces*, llamándole *cruel* ademas. Cuando faltaran otros hechos para convencernos de lo bien que le conocia aquella señora, bastaria á hacernos formar igual concepto la sola lectura de esta carta. Digna produccion de un idiota, lo es al mismo tiempo de un hombre sin sensibilidad, sin corazon y sin entrañas. Despedirse con esa chocarrería en medio de crisis tan terrible, es poner en caricatura el dolor de un gran pueblo, mezclar el ridiculo al llanto y á la consternacion general, entonar la elegía de muerte con ecos de zumba. A su debido tiempo veremos otros rasgos que acabarán de formar el retrato de ese principe singular, llamado por algunos *el mas simple de los Borbones*. Despues de su partida quedó la junta entregada ciegamente á todos los caprichos de Murat, acabando por prostituirsele del modo mas completo. Pocos dias despues fue el generalísimo nombrado presidente suyo por un decreto de Carlos IV que le instituia lugarteniente general del reino. La ignominia en aquella sazón se acercaba á su último punto. Veamos el modo.

Hecha por Savary á Fernando VII la inesperada intimacion de renunciar á la corona de España, segun dejamos dicho al fin del capitulo 1.º, comunicóla el jóven monarca á sus ilusos compañeros de viaje, pasando en consecuencia á con-



D.^{no} ANTONIO PASCUAL,
Infante de España.



ferenciar con el ministro de Napoleon, Mr. Champagny, D. Pedro Ceballos y el consejero Izquierdo. Dicese de este último que sostuvo la causa de Fernando en aquella conferencia con un teson honroso á su memoria, habiéndose tambien distinguido Ceballos en el mismo sentido. En una de estas acaloradas discusiones, y cuando mas enérgicamente se espresaba nuestro ministro de Estado contra la abdicacion que de Fernando se exijia, estaba Napoleon escuchándole detrás de una puerta. No pudiendo este sufrir la defensa que aquel hacia del jóven monarca, presentóse de repente en el salon, y encarándose fieramente con Ceballos le acusó de haber contribuido al destronamiento de Carlos IV, apellidándole *traidor* por este hecho, y por ser ministro del hijo, habiéndolo sido antes del padre. Semejantes denuestos emanados de boca tan temida como la de Bonaparte, dejaron á Ceballos suspenso y como fuera de si. Serenándose luego Napoleon gradualmente, dirijióle palabras mas dulces, concluyendo al fin por manifestarle que no debia sacrificar la felicidad de España al interés de la familia de Borbon, lo cual queria decir en buenos términos, que si Ceballos no habia tenido inconveniente en abandonar la causa del padre para abrazar la del hijo, tampoco debia de tenerlo en abandonar la de este para abrazar la del imperio. Mas adelante veremos hasta qué punto era Ceballos capaz de transigir con toda clase de proposiciones.

La causa de Fernando estaba perdida, y á pesar de todo se sintió Escoizquiz con aliento bastante para hablar á Napoleon y sostenerla. La conferencia tenida entre ambos ha sido presentada por el mismo Escoizquiz de un modo que escita la risa del que la lee, y que la escitaria mas probablemente, si el autor de la *Idea sencilla* hubiera narrado su diálogo sin alteraciones, que como es natural, introduciria á su arbitrio. Escoizquiz peroró largamente, pronunciando en defensa de su discípulo un discurso que por su verbosidad sin duda mereció de Napoleon ser irónicamente calificado con el nombre de *arenga ciceroniana*. El orador esperaba producir un efecto grandioso en el ánimo del emperador; pero se llevó grande chasco. Napoleon se dejó de retóricas, y entrando desde luego en el punto capital de la cuestion, condenó nuevamente á Fernando como detentador injusto del cetro de su padre, insistiendo enérgicamente en la necesidad de la renuncia. No desanimado por eso el arcediano de Alcaraz, continuó su interrumpido discurso con la mas presuntuosa confianza, visto lo cual por Napoleon creyó oportuno interrumpirle de nuevo, asiendo amigablemente al orador de las orejas y dando

En á la entrevista anterior habiéndose para que en nombre suyo prometiere á su re-
 go al punto el reino de España en cambio de la corona de España, sin olvidar
 el punto culminante de las ilusiones del malhadado ejército, el de la boda de
 Fernando con una princesa imperial. El canónigo echó sus orejas, y en la af-
 ternativa de vivir en la oscuridad si Fernando se resistia al cambio propuesto, ó
 de ser su constante privado si aceptaba la corona de España, debió que le es-
 taba mejor lo último, aun cuando para satisfacer su ambición hubieran de
 sacrificarse los deberes que como español le ligaban á su país. Voto. . . pues.